



# **Feminismo y teoría crítica**

**Acerca del pensamiento de Nancy Fraser**

**Antonio Antón**

**Departamento de Sociología**

**Universidad Autónoma de Madrid**

TÍTULO: **FEMINISMO Y TEORÍA CRÍTICA. Acerca del pensamiento de Nancy Fraser**

AUTOR: **Antonio Antón Morón**

**Blog: <http://www.antonio-anton-uam.es>**

Profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la UNED y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (con sobresaliente *cum laude*). Pertenece a los Comités de Investigación de la Federación Española de Sociología en *Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social* y *Sociología del Trabajo*. Es especialista, además, en *Políticas públicas y Estado de bienestar, Sociología política y Sociología de la educación*, y también ha escrito sobre *Historia social y Filosofía política*. Ha publicado numerosos artículos y ensayos y más de una quincena de libros. Entre los últimos: *Movimiento popular y cambio político*, ed. UOC (2015), *Clase, nación y populismo. Pensamiento crítico y estrategias políticas*, ed. Dyskolo (2019) y *Feminismos e identidades*, ed. *Rebelión* (2019).

Editado por *Rebelión* bajo [licencia de Creative Commons](#).

Madrid, septiembre de 2019

# Índice

1. INTRODUCCIÓN
2. EL FEMINISMO CRÍTICO DE NANCY FRASER
  - El feminismo, una apuesta emancipadora histórico-estructural
  - Un proceso de reafirmación feminista
3. LA TEORÍA CRÍTICA DE NANCY FRASER
  - La renovación de la teoría crítica
  - La reproducción social condición de fondo para el capitalismo
  - Entrelazamiento del saqueo económico con el sometimiento político
  - Teoría crítica, sentimientos y política
  - Convergencia popular, alianzas y neoliberalismo progresista
  - Apogeo y decadencia del neoliberalismo progresista
  - Un populismo progresista y de izquierda, antineoliberal y pro socialista
  - Una propuesta programática frente al neoliberalismo y el fascismo
  - Conclusión: Hacia una teoría crítica igualitario-emancipadora
4. RESILIENCIA Y EL MAL MENOR
5. ANEXO: Citas textuales de Nancy FRASER

## 1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo tiene como eje vertebrador la evaluación de las ideas de la intelectual y feminista estadounidense, Nancy FRASER, autora junto con Rahel JAEGGI del interesante libro titulado **Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica** (ed. Morata). Son aportaciones significativas para la teoría crítica sobre el análisis de la sociedad capitalista y los procesos sociales para su transformación, en particular el movimiento feminista. Tiene cuatro partes. La primera se titula *EL FEMINISMO CRÍTICO DE NANCY FRASER*, la segunda, más extensa, *LA TEORÍA CRÍTICA DE NANCY FRASER*, la tercera, a título de una reflexión estratégica global, *RESILIENCIA Y EL MAL MENOR*, y la cuarta, como *ANEXO*, las citas textuales de Nancy FRASER. Varios extractos han sido publicados en *Nueva Tribuna* (21 y 30/08) y *Mientras Tanto* (1/09). Esta es la versión completa, incluidas las notas adicionales.

### I. EL FEMINISMO CRÍTICO DE NANCY FRASER

Entre las últimas entrevistas a Nancy FRASER, dos de ellas (**“Necesitamos una definición totalmente diferente del concepto de clase trabajadora”**, en *CTXT* de 3 de abril de 2019, y **“El feminismo del 99% no es una alternativa a la lucha de clases, es otro frente dentro de ella”**, en *Viento Sur* de 6 de agosto de 2019) aportan interesantes reflexiones sobre la relación del feminismo con la clase trabajadora y el cambio social desde una perspectiva antineoliberal.

La prestigiosa intelectual estadounidense expresa una visión más amplia, inclusiva y renovada de la clase social y la lucha de clases, aunque mantiene ese lenguaje clásico de la tradición marxista. Son conceptos renovados que convierte en marco de referencia del conjunto de conflictos sociales y ‘luchas de frontera’ entre: producción/reproducción social, política/economía, naturaleza/humanidad. No prioriza la contradicción capital-trabajo, ni establece jerarquías entre los movimientos sociales.

El adversario común es el capitalismo como estructura conjunta de poder definida como orden social institucionalizado, no solo económico, en el que interactúan las relaciones de clase, género y raza, así como la explotación y la expropiación. Y destaca la necesidad de vincular la distribución de recursos y el reconocimiento de estatus, representación y poder. Su concepción se asemeja más al concepto de clases populares en una pugna más multidimensional de las mayorías sociales y un sujeto más plural y abierto que el viejo movimiento obrero centrado en la reivindicación económico-laboral.

Por otro lado, recalca la necesidad de la diferenciación del feminismo popular (del 99%) del feminismo liberal o corporativo de las élites (del 1%) en el marco del criticado neoliberalismo progresista, al igual que reclama esa orientación anti-élite neoliberal en los distintos movimientos antirracistas, LGTBI y ecologistas. Demanda que el movimiento feminista, directamente o con alianzas con esos movimientos progresistas próximos (incluido el movimiento 'obrero'), asuma un programa transformador más multilateral y anticapitalista.

El patriarcado, palabra que apenas utiliza, no sería un sistema independiente del orden institucionalizado, sino muy imbricado con las actuales relaciones socioeconómicas y políticas. Aunque la opresión de las mujeres viene de lejos, en la actual etapa capitalista está configurada en un sistema integrado de poder, en una interrelación desigual respecto de la producción, hegemonizada por los varones y su prevalencia de estatus y jerarquía. Su especificidad viene de la convencional división del trabajo en función del sexo con una dedicación impuesta a las tareas de la reproducción social, con una posición subalterna respecto de la producción y las estructuras sociales conectadas (entre ellas la familia) y en desventaja en relación con los hombres.

Así, realza la importancia de la reproducción social y los cuidados a las personas como ámbito mayoritario (público y privado) de la actividad femenina y motivo de la desigualdad y discriminación de las mujeres al estar infravalorada su función. Apenas trata el resto de las estructuras sociales y dinámicas socioculturales, empezando por la institución familiar, la reproducción de estereotipos y la cultura sexual, a través de las cuales se articula también esa posición de desigualdad. El tronco en el que se inserta la discriminación femenina está derivado de la dedicación impuesta

históricamente a un papel social considerado estructuralmente subalterno: la reproducción social de la vida y los cuidados materiales y afectivos a las personas.

Entre otras, son ideas expuestas más sistemáticamente en su reciente libro, ***Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*** (ed. Morata), en el que dialoga con Rahel Jaeggi. A continuación hago una valoración, de carácter sociopolítico, sobre su enfoque feminista, en el marco de la renovación de la teoría crítica, junto con su propuesta de articulación unitaria de los movimientos sociales progresistas, sus alianzas, así como de su impacto en el conflicto social y su conexión con un programa (y una dinámica) anticapitalista o igualitario-emancipador.

Comparto su objetivo sociopolítico que engloba la conformación de un sujeto transformador plural con sus especificidades (clase, género, raza-etnia...) y los distintos procesos y niveles de cambio: reivindicación inmediata, acción social y estrategia y representación política. No obstante, realizo diversas matizaciones a sus ideas y algunos comentarios complementarios.

### **El feminismo, una apuesta emancipadora histórico-estructural**

FRASER aporta una gran lucidez para explicar los mecanismos del capitalismo y fundamentar unos ejes clave para la teoría crítica. Supera el economicismo marxista y el determinismo de clase por una visión más multilateral, relacional y multidimensional.

En particular, fundamenta la subordinación femenina en la dependencia estructural e histórica de las mujeres hacia la actividad de reproducción social, hacia los cuidados, generando una situación de desventaja y desigualdad respecto de los varones, cuya dedicación productiva y pública está más valorada, y afectando a otras dimensiones vitales, que en su libro quedan algo desdibujadas.

En definitiva, la emancipación femenina está ligada a la igualdad entre las funciones y la responsabilidad respecto de las tareas productivas y las reproductivas, junto con la superación de la secuela de segregación que esa división acompaña al resto de las estructuras sociales, culturales y familiares. Supone partir del reconocimiento público de esa posición de subordinación

para justificar una acción igualitaria con la valorización y reconocimiento de su actividad específica y su pugna por su emancipación, hasta una distribución equitativa con los varones y un reparto equilibrado de todas las tareas humanas, así como el reconocimiento del estatus social y político correspondiente.

El avance hacia la igualdad debe ser multidimensional, estructural e interpersonal. El proceso asimétrico entre diversas categorías de mujeres, con una situación mayor o menor de subordinación e incorporación a posiciones relativas de igualdad (en el empleo y su estatus social y público), todavía conlleva factores comunes de discriminación y desigualdad.

Por un lado, hay una gran fragmentación de las situaciones de subalternidad de las mujeres (más si las combinamos con otros componentes de clase social, raza, étnico-nacionales u opciones sexuales y culturales). Por otro lado, hay elementos igualitarios respecto de los varones en distintos campos, incluido en el acceso (todavía desigual, pero significativo) al empleo y a las estructuras sociales, económicas y políticas. En particular, en las democracias liberales, el mismo estatus de ciudadanía civil, social y política debilita algunas desigualdades, particularmente su percepción, y confiere una identidad ciudadana (y nacional) similar a la de los varones.

Por tanto, existe una identificación específica, un sentido de pertenencia colectiva, derivada del desigual estatus de su papel social, económico y público, pero en proceso de transformación de su impacto y reequilibrio con otras identidades y pertenencias. Ese subordinado papel social de las mujeres, derivado de la división sociohistórica y de poder impuesta en función del sexo, junto con su reacción adaptativa-liberadora, ha conformado una identidad de género contradictoria (como la identidad de clase y de todos los grupos oprimidos). Conlleva una dinámica doble: abandonar y superar esa desigualdad de origen, esas condiciones y trayectorias subalternas y en desventaja, y valorar o reconocer su doble esfuerzo y su pugna liberadora e igualitaria.

Desde el punto de vista sociopolítico, la identidad feminista y el feminismo no serían exclusivos de las mujeres en cuanto categoría biológica, sino de aquellas personas (también varones) que admiten la existencia de una discriminación de las mujeres y apoyan y se solidarizan con su emancipación y por la igualdad. Los procesos de identificación suponen una experiencia

prolongada y una vivencia compartida en torno a una trayectoria común por unos objetivos igualitarios y emancipadores.

Sin opresión de las mujeres no tendría sentido su liberación, el objetivo y quehacer del movimiento feminista. El feminismo es un movimiento social y cultural transformador que, en la medida que consigue sus objetivos de igualdad, tanto en el aspecto cultural y de las relaciones personales y sexuales, cuanto en el aspecto socioeconómico y político de ejercicio igualitario de la plena ciudadanía, amplía el componente común de persona y ciudadana. Es decir, hay menor diferenciación por la identidad de género; o lo que es lo mismo, se comparte una misma identidad humana y cívica con los varones.

La identidad de género interactúa, dando lugar a formas mestizas o mixtas, no solo con otras identidades parciales, con sus distintas articulaciones, sino con esa identidad más genérica en cuanto ser humano o tener la cualidad de la ciudadanía: perteneciente a la sociedad o a una comunidad política con un común contrato social, no solo con unos derechos humanos básicos, sino con plenitud de derechos civiles, sociales, políticos y económicos reconocidos.

No obstante, esa dinámica sociohistórica, económica y política hacia la igualdad real no está generalizada ni se ve en el horizonte inmediato; es más, los progresos en la igualdad y su libertad están amenazados con recortes y retrocesos en distintos campos (culturales, institucionales, socioeconómicos, simbólicos...).

### **Un proceso de reafirmación feminista**

Así, tal como han expresado millones de mujeres, gran parte jóvenes, en los procesos participativos de estos últimos 8 de Marzo, se ha incrementado su sentimiento de injusticia ante dos tipos de profundas discriminaciones: el acoso y la violencia machista que están sufriendo como mecanismo autoritario de impedir su libertad y autonomía personal; la desigualdad y desventajas en materia salarial, condiciones de empleo y trayectorias profesionales, desde los suelos pegajosos a los techos de cristal.

Además, esta nueva ola feminista supone una crítica a la pasividad o insuficiencias de las instituciones públicas y los instrumentos jurídicos, educativos y socioeconómicos para avanzar en su resolución. De ahí que se

haya producido esa reafirmación, participación e identificación feminista que combina demandas igualitarias y emancipadoras justas y procesos de empoderamiento individual y colectivo ante los poderes públicos y las actitudes y los grupos machistas.

Por tanto, el feminismo y el movimiento feminista, en sentido amplio, se ha convertido en un referente global en la acción colectiva por la igualdad, aunque dada su fragmentación organizativa y representativa y su heterogeneidad cultural-ideológica esté sometido a una pugna intensa por su orientación, representación social e impacto político.

En todo caso, todo ello abunda en la necesidad de la reafirmación feminista, abierta, plural, unitaria y democrática. La identidad de género, en el plano sociopolítico de identidad feminista por la igualdad y la emancipación de las mujeres tiene una gran vigencia y retos por delante. Esta vinculación entre sexo y género mediada por la función social impuesta a las mujeres y los procesos de identificación doble, como afirmación (femenina) y superación (de la subordinación), me parecen los más sugerentes para conectar con las transformaciones sociales, económicas y políticas e insertar los procesos de emancipación con una perspectiva igualitaria compartida frente a las dinámicas neoliberales, reaccionarias y regresivas.

Desde esa visión más estructural y social del feminismo que plantea FRASER, dejo al margen el debate sobre afirmar o deshacer el género vinculado al propio cuerpo y/o la preferencia sexual, cuyo énfasis resalta una parte del feminismo seguidor de Judith Butler. La liberación sexual es un componente central del movimiento feminista; en ese sentido, comparte con el movimiento LGTBI similares objetivos emancipadores que les hace ser aliados. Visto desde otra perspectiva, la participación en los procesos de liberación e igualdad sexual (o la indiferenciación) no necesariamente conllevan una solidaridad y participación en los procesos igualitarios del conjunto de relaciones subalternas de la mayoría de las mujeres, es decir, permiten considerarse feminista. Son dos movimientos próximos y aliados pero distintos.

Así, la identidad, en este caso feminista, no necesariamente está basada en ser mujer (determinismo biológico) o en priorizar el campo de las ideas (o las emociones), en el que también hay fanatismos, sino que debe definirse por el reconocimiento de la opresión y marginación de las mujeres (y los colectivos

discriminados) y la participación y el apoyo a su emancipación y por la igualdad. La identidad es relacional, supone reconocimiento y pertenencia colectiva a un grupo social que comparte situaciones, proyectos y trayectorias. Es esa interacción, en la medida que persisten los problemas de desigualdad y discriminación y la acción práctica por unos intereses y objetivos comunes, la que construye la identidad, siempre en transformación y combinación con otras identidades (o características neutras) de las mismas personas y grupos sociales.

En resumen, FRASER defiende su feminismo (para el 99%) como reconocimiento y pertenencia a un proceso o movimiento igualitario-emancipador. Así mismo, relaciona la discriminación y la desventaja de las mujeres con la división impuesta por el poder establecido entre las relaciones llamadas productivas (dominantes) y las reproductivas (subalternas) en un único orden social institucionalizado. En ese concepto, sustitutivo del de capitalismo neoliberal, se integran los distintos sistemas de dominación (incluido el patriarcado que no sería un sistema autónomo de poder), así como los otros conflictos y divisiones, en particular la política (democracia), considerada como interés público frente al interés privado de los mercados. Igualmente, propone una alianza entre dinámica emancipadora (de los nuevos movimientos sociales y dinámicas socioculturales) y objetivos de protección social (que asocia a la vieja izquierda y el movimiento obrero). Este componente sociopolítico e identitario es lo que necesita mayor profundización y clarificación para completar y superar su interesante visión estructural y sociohistórica.

Por último, esta sugerente pensadora, al considerar interrelacionados estructuralmente los componentes de clase, sexo y raza (aquí habría especificar la diversidad étnico-nacional y la inmigración), y su condicionamiento en la actitud y la subjetividad de la gente, tiende a caer en la infravaloración para la acción colectiva del conjunto de mediaciones institucionales, sociales y culturales que fragmentan o reajustan el impacto social e identitario de esas características sociodemográficas y económicas, muchas de ellas en las mismas personas.

Ello supone que hay que destacar más la experiencia relacional prolongada, así como una visión interactiva en la conformación de las

identidades personales y grupales y su implementación operativa según qué momento y circunstancias individuales o colectivas. Y ello exige un análisis más sociológico, histórico y cultural de la realidad de los comportamientos colectivos y las trayectorias compartidas que van construyendo (o bloqueando) esa convergencia popular. Es la única forma de terminar de superar el determinismo económico (o biológico y etnicista), por un lado, y el idealismo discursivo o programático, por otro lado.

Su feminismo, que he definido como crítico y a pesar de estas matizaciones, es una buena aportación para porfiar en la igualdad y la emancipación de las mujeres y avanzar en la convergencia popular para la transformación social.

## II. LA TEORÍA CRÍTICA DE NANCY FRASER

Nancy FRASER, en su reciente libro, *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica* (ed. Morata), en el que dialoga con Rahel Jaeggi, expone una interesante reflexión teórica sobre la sociedad capitalista, no solo del capitalismo como modo económico y productivo, sino del conjunto del 'orden social institucionalizado', así como de las dinámicas transformadoras del mismo. Con ocasión de su presentación ha realizado diversas entrevistas en las que complementa o matiza sus tesis principales y que también tengo en consideración.

En particular, me voy a centrar en dos aspectos relevantes. Primero, de carácter teórico, sobre algunas características de 'su' teoría crítica respecto del orden social institucionalizado o capitalismo neoliberal (reaccionario o progresista), así como su importancia para el pensamiento igualitario-emancipador y, especialmente, para el feminismo. Segundo, de carácter sociopolítico, sobre la articulación unitaria de los movimientos sociales progresistas, sus alianzas, su impacto en el conflicto social y su conexión con un programa (y una dinámica) anticapitalista o de cambio global.

Comparto, en general, su diagnóstico multidimensional de la sociedad capitalista y su objetivo sociopolítico que engloba la conformación de un sujeto transformador plural con sus especificidades (clase, género, raza-etnia...) y los distintos procesos y niveles de cambio: reivindicación inmediata, acción social y estrategia y representación política. No obstante, iré realizando diversas matizaciones y comentarios a sus ideas, exponiendo los puntos más débiles, en particular sobre la conexión de los dos aspectos: el análisis estructural-institucional y los procesos de conformación de un sujeto (o actor) sociopolítico democrático-igualitario.

### La renovación de la teoría crítica

FRASER parte de la idea de que la realidad, como complejo sociohistórico, estructural e institucional, existe, es objetiva; y, más allá de

constatar sus evidencias externas y las percepciones sociales y su interacción, hay que 'descubrir' o desvelar 'sus condiciones de posibilidad ocultas'. Utiliza el método marxiano materialista por oposición al constructivismo idealista que plantea que la realidad es construida por el sujeto. Ya en la *Introducción* deja claro su enfoque (la **negrita** es mía):

*Un problema es la multidimensionalidad de la crisis actual, que no es solo económica y financiera, sino también medioambiental, política y social... **hemos de desvelar las bases estructurales de las múltiples tendencias a la crisis de la propia totalidad social: la sociedad capitalista...** De algún modo, necesitamos desarrollar una nueva interpretación del capitalismo que integre las ideas del marxismo con las de paradigmas más nuevos, incluidos el feminismo, la ecología y el poscolonialismo, evitando al mismo tiempo los respectivos puntos ciegos de cada uno... **Es la clase de teoría social a gran escala que hoy busco** (p. 11)<sup>1</sup>.*

Su enfoque combina el feminismo marxista-socialista y los teóricos de la subjetividad, la cultura, el *hábitus*, el mundo de la vida y la vida 'ética'. Estamos, pues, ante un intento de superar el mecanicismo o el determinismo economicista, con un punto de vista más interactivo de las relaciones sociales, destacando la interacción entre, por un lado, las condiciones sociales y materiales y, por otro lado, la cultura y la experiencia vital de la propia gente. Por tanto, tiene una teoría doble, con una perspectiva estructural y otra perspectiva teórica de la acción, que sería lo específico para llamarse crítica<sup>2</sup>.

Veamos algunos límites de esta fructífera mirada crítica histórico-relacional. Antes, comento otras ideas complementarias en las que alude a diversos autores relevantes.

Por un lado, **critica la visión romántica** que considera a la sociedad, la política, e incluso la propia naturaleza, fuera o en contra del capitalismo que, al considerarlo como lo exclusivamente económico-productivo sin valorar la interdependencia del conjunto, resulta más sencilla pero más simple y unilateral<sup>3</sup>.

Por otro lado, comparte con Foucault su rechazo al determinismo y la teleología, pero **critica abiertamente su enfoque posmoderno** que infravalora la conexión causal y la explicación de las tendencias sociales. Según la autora, los conflictos y relaciones son entre 'poder privado del capital y poder público', y hay una pluralidad de caminos pero con pocas posibilidades de implementación.

### **La reproducción social condición de fondo para el capitalismo**

Uno de sus puntos centrales de análisis es la reproducción social que es una condición de fondo para la producción capitalista y **'abarca la creación, socialización y subjetivación de los seres humanos de manera más general, en todos sus aspectos'**. En consecuencia:

***El neoliberalismo está reconfigurando el orden de género de la sociedad capitalista.** Y está convirtiendo la reproducción social en uno de los principales detonantes de la actual crisis capitalista, un hecho igualmente importante... Esta propensión a la crisis se basa en una contradicción estructural: en el hecho de que la economía capitalista descansa sobre sus condiciones de posibilidad social-reproductivas al mismo tiempo que las desestabiliza (p. 40).*

En su reinterpretación del capitalismo, no hay dependencia exclusiva respecto de las relaciones de producción/fuerzas productivas, sino interacción de cuatro divisiones estructurales y sus separaciones institucionales, sin jerarquías predeterminadas: producción económica/reproducción social; separación institucional entre 'economía' y 'política'; la división ontológica entre su fondo 'natural' (no-humano) y su fondo 'humano' (aparentemente no-natural); distinción institucionalizada entre explotación y expropiación. Sustituye el concepto capitalismo, que tiene más connotaciones exclusivamente económicas, por otro más amplio e integrador: *orden social institucionalizado*. Y en la fase actual financiera y globalizadora, distingue entre neoliberalismo reaccionario y neoliberalismo progresista para elaborar una alternativa a ambos.

## **Entrelazamiento del saqueo económico con el sometimiento político**

Vamos a precisar algunas de sus ideas. Su planteamiento pretende desvelar el entrelazamiento del 'saqueo económico con el sometimiento político' y lo complementa con la expresión 'relaciones socioecológicas'. Así, postula una teoría *unificada*, en la que los tres modos de opresión (género, 'raza' y clase) se *cimentan estructuralmente en una única formación social: en el capitalismo en su concepción más amplia, como orden social institucionalizado* (p. 117).

En ese sentido integrador valora críticamente la separación de las distintas esferas o campos que considera interrelacionados y señala los riesgos de la adaptación de alguna de ellas a la dinámica neoliberal. Ello supondría caer en el desdoblamiento constitutivo del neoliberalismo progresista; es decir, las mismas personas pueden tener un componente progresista en relación con un aspecto, contradicción o conflicto (por ejemplo, el feminismo o el multiculturalismo) y, al mismo tiempo, mantener una posición neoliberal regresiva respecto del estatus sociolaboral, los intereses económicos y nacionales (o imperialistas) u otras dinámicas socioculturales (como el racismo o el machismo). Y, en el ámbito feminista, advierte que, incluso, la crítica basada en las normas social-reproductivas de la solidaridad y el cuidado es una espada de doble filo: *potencialmente transformadora pero fácilmente recuperada en estereotipos de género esencialistas*<sup>4</sup> (p. 100).

Por otro lado matiza el concepto de **interseccionalidad** como descripción de las formas de 'entrecruzamiento', para afirmar su posición como explicativa: identifica los mecanismos institucionales con los que la sociedad capitalista produce el género, la raza y la clase como ejes cruzados de dominación, considerando el orden social que las genera.

Así, rechaza la idea de que cualquiera de estos modos de dominación sea simplemente funcional para la acumulación de capital. En su esquema todos ellos ocupan posiciones opuestas: por un lado, todos posibilitan condiciones de acumulación, pero, por otro lado, también todos son enclaves de contradicción, posible crisis, lucha social y normatividad no económica.

O sea, el capitalismo se apoya y necesita una jerarquía de género y racial, *no tiene nada de post-racista y post-sexista*:

*La carga de la expropiación sigue cayendo desproporcionadamente sobre las personas de color... Así mismo, el peso del trabajo reproductivo sigue cayendo abrumadoramente en los hombros de las mujeres ... el capitalismo no se puede separar de la opresión de género y racial... **Las 'diferencias' raciales y de género, lejos de ser un hecho sin más, son producto de la dinámica de poder que asigna a las personas a posiciones estructurales dentro de la sociedad capitalista.** La división de género puede ser más antigua que el capitalismo, pero solo adquirió su actual forma de supremacía del macho en y a través de la separación capitalista entre producción y reproducción. Y lo mismo ocurre con la raza (p. 122).*

La reacción populista reaccionaria tiene un origen en el agravio con inseguridad de algunos sectores sociales por la pérdida de privilegios de poder respecto a minorías y el descenso social y de estatus por la globalización, aceleradas por el propio neoliberalismo. Lo significativo es que ante la ausencia de un potente movimiento interracial, intercultural e intergénero, algunos sectores populares trasladan la responsabilidad y la solución frente a esos agravios hacia 'otros', vía culpabilización de los más débiles, a través de chivos expiatorios y mayor segregación racial o de género. Generan, así, un crecimiento de las filas del populismo autoritario de derechas. Mientras tanto, el neoliberalismo progresista *se sirve cínicamente de llamadas a la 'justicia' mientras extiende la expropiación y los recortes de la protección pública a la reproducción social* (p. 126). Según su opinión es prácticamente imposible imaginar una vía 'democrática' hacia el capitalismo no racial y no sexista.

### **Teoría crítica, sentimientos y política**

Más adelante completa su concepción:

*La teoría crítica debe ir más allá de estos resultados y poner en entredicho los procesos que los producen... Nuestro objetivo es conectar el aspecto normativo de la crítica con el teórico-social. **Este es el sello distintivo de la teoría crítica... El interés por contemplar y tener en cuenta el punto de vista de los agentes situados que son participantes potenciales de la lucha social destinada a transformar el sistema** (p. 134).*

Y continúa con diversas críticas al pensamiento liberal (incluso al formalmente igualitarista) por carecer de ese aspecto fundamental de la teoría crítica. En lugar de esta explicación, que es fundamental para esclarecer las perspectivas de transformación social, critica ese planteamiento liberal porque *ofrece prescripciones políticas, desde una posición ajena al ámbito de la lucha social y por encima de él*<sup>5</sup>.

Es interesante la relación que hace entre **objetividad, sentimientos e indignación** para superar el simple racionalismo o su contrario, el emotivismo<sup>6</sup>.

Así mismo, es adecuada **la crítica al capitalismo como un orden social irracional, sin capacidad auto correctora de su economía y solo modificable desde la política, desde el conflicto de los sujetos sociales**<sup>7</sup>.

En conexión con ello realiza una **buena crítica a POLANYI**, por los límites de su exclusiva polarización entre economía y sociedad o mercantilización y protección social, y sobre el que ha publicado otros ensayos<sup>8</sup>. Así, la autora incorpora un tercer polo, el de la 'emancipación'<sup>9</sup>.

Por otro lado, vuelve a la crítica hacia FOUCAULT y el pensamiento postmoderno, por su idea ilusa de poder construir una contra sociedad al margen del poder y sin transformar las principales instituciones del capitalismo<sup>10</sup>.

**Por tanto, hay una realidad (objetiva) de fondo.** Frente a las interpretaciones esencialistas y ahistóricas, considera que las contradicciones y las crisis del capitalismo están profundamente arraigadas y las analiza desde las '*relaciones entre los distintos ámbitos*' (p. 168). Así, explica las **tendencias objetivas como tensiones y divisiones constitutivas**, no patologías, según HABERMAS<sup>11</sup>.

Además, es **interesante la alusión a MACINTYRE<sup>12</sup>**, sobre que el relato explicativo se hace de forma retrospectiva. Y la referencia A GIDDENS sobre la vinculación de la crisis con el conflicto social. Y llega a una **conclusión de carácter sociopolítico: “La pregunta fundamental es si quienes discrepan aumentan, se juntan y llegan al nivel de crisis de hegemonía”** (p. 177).

### **Convergencia popular, alianzas y neoliberalismo progresista**

En primer lugar, es **sugerente la relación entre luchas de clases** (por divisiones de grupo y asimetrías de poder) **y luchas de frontera** surgidas en la intersección entre producción/reproducción social, política/economía, naturaleza humana/no humana, es decir de las divisiones constitutivas del capitalismo -no del interior de la economía (pero tampoco de la lucha de clases)-<sup>13</sup>.

Y matiza que la visión que expone del capitalismo ofrece tres criterios normativos para distinguir las reivindicaciones emancipatorias de las no emancipadoras sobre las fronteras del capitalismo: El primer criterio es la *no-dominación*; el segundo criterio es la *sostenibilidad funcional*, y el tercero es la *democracia* (p. 194).

Explica de forma sugerente, aunque se debería cuidar la expresión y el alcance de los apoyos sociales, **la alianza perversa entre la mercantilización** (neoliberalismo financiero-cognitivo) **y la emancipación** (de las élites de las mujeres y minorías étnicas que ascienden en estatus socioeconómico) **frente a protección social** (de la mayoría popular, incluido de las minorías o facetas oprimidas)<sup>14</sup>:

Insiste en la **diferenciación entre descomposición de la hegemonía (cultural) del neoliberalismo progresista**, en cuanto ‘crisis de legitimación’, **y continuidad de la política neoliberal**, asentada en otra legitimidad reaccionaria-conservadora del populismo de derechas autoritario.

Hace una crítica fundamentada a la mayoría de la socialdemocracia (y el liberalismo progresista e igualitario en las facetas ‘culturales’), que habrían sido recuperados por el neoliberalismo progresista, con atisbos de elementos reaccionarios como ante la inmigración<sup>15</sup>.

También expresa las deficiencias estratégicas y de la política de alianzas de los núcleos dirigentes y hegemónicos de los nuevos movimientos sociales, culturales o del mundo de la vida, de carácter liberal:

*“Atrapadas en la segunda lucha [nuevos movimientos sociales], y ajenas en gran medida a la primera [capital/trabajo], **las corrientes hegemónicas de los movimientos progresistas fracasaron en economía política, por ignorar las transformaciones estructurales de fondo. Y, lo que fue peor, programaron sus agendas con criterios meritocráticos e individualistas** -pensemos por ejemplo en los feminismos lean-in o de ‘presión’ cuyo objetivo es ‘romper el techo de cristal’ para que las mujeres de ‘talento’ puedan trepar hasta los escalones más altos de la escala corporativa-. Las corrientes de este tipo abandonaron los esfuerzos por entender estructuralmente la dominación de género, asentada en la separación capitalista entre producción y reproducción. Y abandonaron a mujeres menos privilegiadas, que carecen de capital cultural y social para beneficiarse de esa presión y, por consiguiente, seguían atascadas en el sótano” (p. 218).*

Realiza una **buena definición del neoliberalismo progresista** y la alianza o convergencia con las ‘corrientes hegemónicas de los movimientos emancipadores’, que serían meritocráticas de clase media no solo del 1%, sino de una base social más amplia y activa del 20%-30%:

*“Las corrientes hegemónicas de los movimientos emancipadores (como el feminismo, el antirracismo, el multiculturalismo y los derechos LGBTBI) se aliaron- en algunos casos consciente y deliberadamente, en otros no- con fuerzas neoliberales cuyo objetivo era financiarizar la economía capitalista, es especial los sectores del capital más dinámicos, con mayor visión de futuro y más globalizadores (por ejemplo, Hollywood, las TIC y las finanzas). Como de costumbre, el capital fue el que salió mejor parado. En este caso, **los sectores ‘capitalistas cognitivos’ utilizaron ideales como la diversidad y el***

**empoderamiento**, que en principio debían servir a otros fines, para petrificar políticas que devastaron la producción y la que en su día fue la vida de la clase media. En otras palabras, **utilizaron el carisma de sus aliados progresistas para disfrazar de emancipación su propio proyecto regresivo de redistribución ascendente masiva**" (p. 218).

### **Apogeo y decadencia del neoliberalismo progresista**

FRASER explica **la necesidad del neoliberalismo de su apariencia progre para ganar la hegemonía cultural y relativizar su componente distributivo regresivo**<sup>16</sup>.

Por tanto, **el neoliberalismo no es solo política económica; es un proyecto político con su hegemonía cultural**. El neoliberalismo progresista es, por un lado, regresivo en lo socioeconómico, es decir, perjudicaba al conjunto de las mayorías populares y, particularmente, las condiciones y derechos sociolaborales de mujeres y gente de color (e inmigrantes); y, por otro lado, progresivo en lo cultural. Su legitimidad se basa en el reconocimiento de las minorías a través del multiculturalismo o la diversidad combinado con el empoderamiento individual meritocrático como ascensor social. Pero ello favorece, sobre todo, a las élites y capas medias de esos sectores sociales. Ese carácter doble, regresivo y progresivo, con un impacto práctico desigual en la población, **venció como cultura hegemónica al anti-neoliberalismo y al neoliberalismo reaccionario** durante las presidencias de Clinton y Obama.

Es similar, aunque parcialmente distinto, al socioliberalismo de tercera vía europeo en un contexto con dos características diferentes: por un lado, al tener un Estado de bienestar más potente, aquí, particularmente con la crisis, favoreció las contrarreformas laborales y sociales; por otro lado, la cultura cívica más igualitaria (real) y colectiva respecto de la estadounidense, o sea, no tan individualista meritocrática, supuso un mayor freno popular frente a la injusticia social.

En todo caso, dentro del neoliberalismo hay corrientes más regresivas y/ o más progresivas, con diferentes combinaciones. Pero la distinción principal es que en el campo socioeconómico, particularmente en esa fase de crisis, lo dominante en todas ellas es ser regresivas; su diferenciación se establece en el

campo sociocultural y la actitud ante las minorías: una parte gira hacia el conservadurismo reaccionario, de donde nacen los apoyos a Trump, y otra mantiene su relativo progresismo (p. 220)<sup>17</sup>.

Así, FRASER clarifica el carácter doble del neoliberalismo progresista, con la **combinación de distribución regresiva**, con una mayoría popular afectada, y **reconocimiento progresista**, beneficiosa sobre todo para las élites de la 'diversidad'. Esa mezcla venció inicialmente a la derecha del partido republicano cuyo proyecto combinaba distribución regresiva con 'un reconocimiento reaccionario (etno-nacionalista, antinmigrantes y procristiano)' (p. 221)<sup>18</sup>.

Ese **reconocimiento** parcial que proporcionaba el neoliberalismo progresista suponía una **autoafirmación**, formación e identificación de un estrato social: las capas medias ilustradas, que combinaban un estatus y ascenso socioeconómico y profesional con una exigencia emancipadora antidiscriminatoria en otras facetas de sus vidas (género, raza-etnia...). Y explica la **necesidad de una visión amplia y multidimensional de la clase trabajadora** para superar los límites de ese reconocimiento cultural para las élites (y clases medias). Así, acertadamente, exige una valoración del capitalismo y la acción frente al neoliberalismo que integre, junto con la problemática del trabajo, los problemas medioambientales, la reproducción social y la democracia (p. 223)<sup>19</sup>.

Propone una **alianza entre protección social** (vieja clase trabajadora y socialdemocracia) y **emancipación**: nuevos movimientos sociales junto con otras contradicciones (género, raza-etnia...) y luchas de frontera: producción/reproducción, política-democracia/economía y naturaleza-sostenibilidad/humanidad. La cuestión que no desarrolla es que la mayoría popular está dentro de los dos campos y son facetas, realidades e identidades que se mantienen interrelacionados con implementaciones diversas en el tiempo y los procesos.

No existen, como bloques estancos, 'los' trabajadores, 'las' mujeres y las 'personas de color' (aquí diríamos, personas precarias o marginadas, especialmente, inmigrantes -de cuatro áreas distintas: latinoamericana, europea del Este, subsahariana y magrebí-). Las mujeres trabajadoras segregadas (o precarias) acumulan los tres rasgos de subordinación, sufren

directamente los tres tipos de discriminación y son susceptibles de integrar una acción colectiva y una identidad múltiple e integradora. Hay personas que sufren dos o un proceso dominador en una posición subalterna, pero ese componente de subordinación o discriminación les diferencia de las personas y grupos dominadores o poderosos. La otra cara de la moneda es la segmentación entre esos niveles y la presión derechista y autoritaria para que los de los peldaños intermedios se alíen con los de arriba, aislando a los de abajo.

Por tanto, los segundos (nuevos) movimientos, específicos de una problemática social y cultural (aunque no de forma exclusiva), no son o no representan a la clase media a la que se propondría una alianza popular de clases desde el supuesto movimiento (viejo) de clase trabajadora, representado por el llamado movimiento obrero (o la izquierda tradicional). Éste, en la lógica obrerista tradicional, tendría un supuesto estatus político y simbólico superior, al vincular su lucha económico-laboral como la principal y genuina para avanzar hacia una sociedad más justa o al socialismo democrático. Volveríamos al determinismo economicista, a una concepción de clase trabajadora rígida y excluyente y a una prevalencia de la vieja izquierda, aun en una versión más radical.

No obstante, el movimiento sindical (al igual que los partidos políticos alternativos o de izquierda y la mayoría de los grupos asociativos progresistas y ONGs) también es interclasista en parte de su composición y su aparato representativo, mediador y gestor. Su especificidad es que se centra en la problemática económico-laboral, pero ello no da ninguna jerarquía superior en una concepción más multidimensional de la clase trabajadora y, menos, como actor sociopolítico, que incorpora el conjunto de la experiencia relacional y cultural de la gente.

Así, en el campo popular existen personas y grupos con distintas experiencias relacionales, trayectorias comunes y niveles de identificación en diferentes ámbitos socioculturales, económico-laborales y de representación social y política. Se trataría de la tarea de articulación de ese bloque social 'popular', aun con una diferenciación de clase o estrato interno; también por la precarización y la infraclase y la subordinación de (la mayoría de) mujeres y gente de color e inmigrante. Con estas matizaciones sobre la diversidad y la

pluralidad existentes, comparto la idea de Fraser de que uno de los objetivos fundamentales del análisis es abrir la posibilidad de una **'alianza contrahegemónica entre las fuerzas sociales que hoy se oponen mutuamente como antagonistas'** (p. 225).

En ese sentido, hay una **buena caracterización de las diferencias de estatus del estrato profesional**, es decir, de clase media, sensible a 'identidades' transversales difuminando su posición de clase, con su propia cultura legitimadora<sup>20</sup>. Ello se combina con el **resentimiento de gente trabajadora** que le recortan derechos sociolaborales y le precarizan y, como reacción inmediatista, quieren mantener, a costa de otros sectores vulnerables, sus privilegios relativos en otras esferas, cuya pérdida viven como acumulación de descenso social e inseguridad. Constituye el caldo de cultivo del populismo de derechas para su reafirmación autoritario-conservadora.

Por tanto, como señala FRASER, **dominación de clase y jerarquía de estatus son parte integral de la sociedad capitalista**. La opresión de género o etnia-raza no son superestructurales (o culturales), sino estructurales respecto del orden social institucionalizado: son facetas de la misma gente... popular (y algunas también de sectores oligárquicos). Así, frente a la actitud superficialmente moralizante que hoy impera en los círculos progresistas, afirma que **'lo que debería distinguir a la izquierda de esas posturas es la atención a las bases estructurales fundamentales de la opresión social'** (p. 228)<sup>21</sup>.

En definitiva, hay que reconocer que **el racismo y el sexismo no son solo 'superestructurales' o culturales, sino 'estructurales'**<sup>22</sup>. Con esa posición se combate la idea tradicional y excluyente de clase trabajadora (a veces identificada con los varones blancos) como opuesta a mujeres, inmigrantes, personas de color... que serían segmentos sin pertenencia de clase trabajadora, cuando en muchos campos son mayoritarios. De ahí se deduce su afirmación de que el **'reconocimiento y la distribución son fundamentales para este análisis por razones históricas'** y para un proyecto transformador.

**Un populismo progresista y de izquierda, antineoliberal y pro socialista**

Con la crisis de legitimación del neoliberalismo progresista de Obama y Clinton **ha ganado el neoliberalismo hiper reaccionario** (del Trump gobernante), frente al populismo reaccionario (del Trump discursivo) y el populismo progresista (de Sanders). Sin embargo, no tiene una plena y segura hegemonía cultural, aunque sí parece firme su bloque de poder.

La **alternativa** de FRASER es un **populismo progresista**, según la tradición estadounidense, es decir, popular en su composición, no estrictamente de clase trabajadora sino incorporando a las clases medias (estancadas), y multidimensional, integrando las distintas facetas humanas y movimientos sociales progresivos. Es distinto al concepto de populismo de LACLAU en el que, además del antagonismo oligarquía/pueblo como lógica política, tiene una concepción (idealista) de la construcción de pueblo basada en el discurso, como elemento articulador, infravalorando el punto de partida de la realidad social (real): la problemática, los conflictos y las percepciones de la gente en su contexto. En el caso de esta pensadora, desde la investigación del marco histórico y estructural-institucional, basa su orientación política en una **distribución igualitaria**, a favor de la clase trabajadora, y un **reconocimiento justo**, con una visión inclusiva y no jerárquica, con una estrategia antineoliberal. Lo contempla como una etapa transitoria hasta madurar un **proceso transformador socialista**<sup>23</sup>.

Ahora bien, cabría señalar dos aspectos. Por un lado, que la alternativa (estratégica) no solo ni fundamentalmente debe consistir en un 'programa' (o un discurso), con la sobrevaloración de su impacto en la conformación del sujeto transformador, sino que significa un proceso de experiencia, dinamización y cambio real de las relaciones socioeconómicas, institucionales y de poder. Por otro lado, que las diversas problemáticas económico-laborales y las discriminaciones específicas de género o etnia-raza pueden ser compartidas, en mayor o menor proporción y profundidad, por gran parte de las clases trabajadoras, que son mixtas respecto de sus variadas subordinaciones e identidades, con reconocimientos y estatus sociales múltiples, aunque dentro de una posición subalterna, global y particular.

Distintos grupos y movimientos sociales progresistas, dejando al margen los nacionales y los conservadores, como adelantaba antes, son transversales,

populares o interclasistas, incluyendo también el movimiento sindical. Pero, la composición mayoritaria de sus bases amplias proviene de las clases trabajadoras, entendidas como categoría sociodemográfica de gente subalterna, más o menos precarizadas e ilustradas, aunque la de sus élites o representantes, incluido los sindicatos, suele venir de clases medias, más o menos estancadas. O sea, gente trabajadora con un estatus socioeconómico subalterno participa, tiene y se identifica con esas facetas socioculturales diversas, en el caso del feminismo por la mayoría de las mujeres y gran parte de varones. Y también gente de (nueva y vieja) clase media, meritocrática y más débil o formal en su actitud igualitaria, también es sensible a los problemas de la distribución, la reproducción social y la protección pública. Todo ello de forma asimétrica y con distintos impactos y equilibrios subjetivos, expresivos e identitarios.

Si hablamos de nuevas clases trabajadoras o, mejor, de capas populares, tenemos una configuración objetiva de carácter interclasista -dejando fuera a las élites poderosas- con una participación muy mayoritaria de la gente subalterna o subordinada que es el criterio principal de identificación del estatus social. Con esa interpretación inclusiva y multidimensional, llámese clase, pueblo o bloque social de carácter popular, es más fácil valorar sus interacciones internas desde la diversidad y la interrelación de problemáticas y respuestas que pueden conformar un sujeto plural y unitario. Dejo aparte el significativo 'nación', con una composición del conjunto de una comunidad, incluido sus oligarquías y élites dominantes, con intereses comunes o identificaciones compartidos frente a otras naciones, y aunque convivan en un mismo territorio y tengan iguales derechos e instituciones que otros grupos con diferentes identidades nacionales.

En definitiva, en esta acepción flexible de clase social (trabajadora, incluida la desempleada y la inactiva) ya está integrada la gran mayoría de la juventud, las mujeres, los pensionistas, las personas de color o los inmigrantes. Además, si se flexibiliza incorporando algunas capas medias (profesionales-expertos-gestores) estancados o descendentes se configuran las clases populares con mayoría trabajadora.

La cuestión problemática es que el nombre 'clase trabajadora' distorsiona y genera recelos sobre su significado, así como de las jerarquías

internas y las prioridades de intereses e identidades y entre representaciones tradicionales, económico-laborales, y nuevos movimientos, con otras problemáticas sociales, culturales o socioecológicas; haría falta un significativo inclusivo y consensuado, además de integrador de lo diverso y multidimensional. Estamos en una fase descriptiva en la que lo más fácil es hablar cuantitativamente del 99%, aunque en realidad habría que decir del 80% que constituyen las capas populares. Es un análisis sociodemográfico, importante, pero no el más relevante.

Para superar la tentación determinista (o idealista) de asociar mecánicamente categoría social con sujeto o comportamiento sociopolítico y cultural, hay que insistir en la importancia de las mediaciones institucionales y culturales, así como la articulación de la experiencia compartida y relacional, que requieren un análisis específico. Los procesos de identificación colectiva, la interacción de las distintas identidades es el punto intermedio y de interrelación entre los dos ámbitos: la situación social de subordinación y la acción democrático-igualitaria-emancipadora. Por tanto, lo más importante para el análisis y el diseño estratégico alternativos se refiere al plano sociopolítico (y teórico) en el que caben las palabras 'sujeto' (o actor), movimiento social, tendencia o corriente sociopolítica, en el marco dinámico del conflicto o interacción social.

Este enfoque más relacional, social y crítico es, a mi parecer, el más relevante, al partir de la experiencia compartida de actores y grupos sociales y los procesos de identificación y práctica interactiva o conflictiva por intereses y objetivos comunes vinculados al cambio social democrático-igualitario. Y esta mirada de FRASER, aunque hace alusiones a los procesos de los nuevos movimientos sociales y la nueva izquierda desde los años sesenta, no la desarrolla para engazarla con su análisis estructural y su alternativa programática. Así, la autora termina expresando su confianza subjetiva en la formación de ese sujeto alternativo al neoliberalismo, posición aceptable como deseo normativo, pero sin abordar sistemáticamente ni combinar suficientemente con su análisis de la sociedad capitalista y su propuesta transformadora<sup>24</sup>.

### **Una propuesta programática frente al neoliberalismo y el fascismo**

Por último, la intelectual estadounidense afirma que **(neo)liberalismo y fascismo son dos caras del capitalismo**, aunque con normativas distintas y/o contrapuestas en el ámbito sociocultural: liberadora y autoritaria. Su controvertida posición, al situarlos en el mismo plano, prioriza un proyecto de izquierdas para enfrentarse a ambos, cuestión evidente desde una perspectiva renovadora e interpretada de forma no antagónica. Pero hay dos puntos débiles: la sobrevaloración del papel del programa, y la rigidez en la política de alianzas y la definición de objetivos.

En primer lugar, no es suficiente una alternativa discursiva o programática para hacer efectiva una influencia decisiva para condicionar esa pugna, sin caer en el aislamiento de la gente activa o comprometida. Se sobrevaloraría ese componente voluntarista del papel propagandista decisivo de una élite de vanguardia. E, igualmente, los supuestos efectos beneficiosos de la propaganda o el doctrinarismo, defectos significativos en distintos sectores de los movimientos sociales y la izquierda alternativa.

En segundo lugar, la cuestión para dilucidar es la gestión de los acuerdos y desacuerdos, con las distintas variantes y coyunturas de las relaciones entre poder y las fuerzas alternativas (y las intermedias) en los dos planos: la gestión social y política inmediata y la orientación estratégica o ideológica, con el punto de conexión de la formación del actor sociopolítico. Así, si se admiten componentes liberadores en el capitalismo neoliberal, frente a otros regresivos, opresivos o autoritarios, la cuestión es cómo utilizar esa ambivalencia, valorar su legitimidad pública o apoyo social y saber aprovecharlos desde la autonomía propia y sin colaborar con su legitimación de conjunto.

Es pertinente la advertencia de no fijar ahora una alianza permanente y estratégica con el neoliberalismo progresista, aceptando una posición dependiente de las fuerzas alternativas en la tarea de hacer frente a unas fuertes tendencias reaccionarias, pero aún lejos de las dictaduras represivas de entreguerras. Tiene cierto paralelismo en los consensos democráticos europeos, hegemonizados por el centroderecha liberal, frente a las tendencias autoritarias de la extrema derecha. No obstante, la oposición a la involución reaccionaria es también una tarea propia, y más consecuente, de las fuerzas

progresistas y de izquierda y, en ese marco, son admisibles acuerdos parciales más amplios que no impidan la crítica y la oposición a las derechas y corrientes neoliberales en distintos ámbitos.

La precaución subyacente a esos acuerdos parciales debe contemplar, tal como he explicado, el carácter doble de ese neoliberalismo, regresivo en unos campos (socioeconómico) y progresivo en otros (socioculturales) y evitar la subordinación de una política autónoma, ya que lo que suele tratar de imponer es su completa hegemonía asociativa, discursiva y de poder. Por tanto, es imperioso afianzar un campo político-ideológico propio diferenciado de la hegemonía cultural y asociativa liberal en los movimientos sociales en los que se dan algunos objetivos compartidos o transversales con el componente progresista del neoliberalismo frente al neoliberalismo reaccionario o el populismo autoritario<sup>25</sup>.

El problema, partiendo de su consideración realista de que los movimientos sociales están hegemonizados por ese pensamiento liberal, es que aunque se les denomine movimientos del 1% y al propio como del 99%, esa autoproclamación es forzada al admitirse que las posiciones alternativas son minoritarias en esos movimientos, en particular en el feminista. Se puede referir a la voluntad de representar a esa mayoría o a que los objetivos propuestos se justifican por estar encaminados a su defensa. Pero siempre con el matiz de que es una interpretación de las fuerzas alternativas, no una posición aceptada o consensuada con el grueso de esos movimientos sociales. Así, no se puede tomar como adversario antagónico a esa corriente dominante y mayoritaria de esos movimientos, con una amplia base popular, bajo la apreciación de que están dominados por las élites neoliberales.

Por tanto, más que por esa caracterización sociodemográfica del 99% y la reafirmación de su carácter social y 'popular', sería conveniente su identificación por su dinámica reivindicativa, su perfil sociopolítico y sus principales demandas. En ese sentido, hay distintas opciones utilizables para identificar estos movimientos progresivos, especialmente, el feminista: igualitario, democrático, alternativo o crítico.

El neoliberalismo progresista es un adversario pero, sobre todo, por su primer componente, el regresivo, que impone la subordinación socioeconómica a la mayoría social. Su segundo componente, el progresivo, forma parte de una

operación legitimadora del primero y de absorción de una parte popular y, en ese sentido, aunque salgan beneficiados parcialmente o en determinados aspectos algunos estratos sociales (minoritarios), cuestión a no infravalorar, hay que desvelar su sentido para estabilizar ese orden social institucionalizado. Pero, sin que se deduzca directamente de lo dicho por FRASER, confundir los dos aspectos llevaría al sectarismo, el doctrinarismo, el aislamiento de las mayorías sociales y la inoperatividad transformadora, riesgo en el que suelen caer algunos sectores alternativos.

En consecuencia, esta faceta de las alianzas y los blancos en FRASER es **algo rígida**. Su posición tajante es decir **NO a los acuerdos con el neoliberalismo progresista, aunque se justifique en el freno al fascismo autoritario**. Está clara la necesidad de una autonomía estratégica y discursiva de un campo sociopolítico diferenciado y alternativo. Igualmente, es justa la apuesta por la diferenciación interna en los movimientos sociales, para oponerse al pensamiento progresista-neoliberal, así como a las tendencias autoritarias del populismo reaccionario.

Sin embargo, lo que propone, quizá consciente de la debilidad de las capacidades políticas e institucionales de las izquierdas y movimientos sociales progresistas, es solo una **alternativa 'programática'**, ámbito en el que es más fácil la diferenciación, cuando el aspecto principal es la relación de fuerzas y la capacidad articuladora y de poder de las diferentes corrientes sociopolíticas, para lo cual se deben considerar la experiencia y las demandas de la mayoría cívica; es decir, la prioridad es la implementación práctica de una dinámica transformadora contrahegemónica (y de contrapoder), conectada a una teoría crítica, no solo de un discurso propio y la separación organizativa. Y, en ese sentido, aparte de un análisis sociológico de las distintas corrientes y expresiones cívicas, se debería cuidar las relaciones complejas de unidad y crítica con los sectores populares progresistas, aun cuando sean moderados o apoyen en determinadas facetas y momentos políticas neoliberales, más cuando se admite que su influjo es mayoritario en los movimientos sociales.

Por tanto, salvando la subordinación ante esa hegemonía neoliberal y evitando su instrumentalización para impedir ser absorbidos por ella, la política concreta y la práctica transformadora depende de en qué medida y aspecto los sectores anticapitalistas o alternativos pueden confluir en acuerdos amplios, no

tanto con las élites neoliberales progresistas (o socioliberales y de tercera vía socialdemócrata), sino con mucha gente influida por ellas y sin decantarse por la dinámica de una transformación radical.

El asunto complicado desde el punto de vista alternativo no es solo la diferenciación con la élite del 1%, que domina o representa mediáticamente algunos aspectos de esos movimientos y pertenece al neoliberalismo progresista, sino a la relación (unitaria y crítica) con una amplia base de clase media y algo acomodada o simplemente menos concienciada, de la que se sirve para hegemonizar el proceso. No se puede ir a la idea de clase (trabajadora y potencialmente radical) contra clase (media, con tendencia moderada), por mucho que ese conflicto lo subsuma en el significante 99%, donde solo se excluye a la élite poderosa. El problema de la conformación de una corriente crítica trabajadora-popular autónoma del neoliberalismo progresista es importante y debe basarse en la **igualdad real en todas las estructuras sociales de subordinación del orden capitalista**, elemento central de diferenciación, también con sectores de las clases medias y su alianza con él.

Al mismo tiempo, como dice la autora, hay que romper también el apoyo de gente trabajadora a los neoliberales reaccionarios, a su militarismo, xenofobia, etnonacionalismo y machismo. Al final, realiza una propuesta programática positiva, 'elaborar una política transformadora', pero insuficiente por su inconcreción y sus rasgos voluntaristas<sup>26</sup>. Por tanto, es necesario un análisis sociopolítico realista, en particular de las relaciones de fuerza y de poder y profundizar en una teoría crítica, realista y transformadora.

### **Conclusión: Hacia una teoría crítica igualitario-emancipadora**

En definitiva, FRASER aporta, en primer lugar, un interesante impulso a la renovación de la teoría crítica, en particular al análisis de la sociedad capitalista, del orden social institucionalizado y sus contradicciones de fondo, así como las principales tendencias políticas en Estados Unidos, el neoliberalismo reaccionario (el Trump gobernante) y el neoliberalismo progresista (Clinton-Obama) que han vencido, respectivamente, al populismo

reaccionario (el Trump retórico) y al populismo progresista (Sanders) con puntos similares y algunos distintos respecto de la realidad europea.

En segundo lugar, tiene muchas sugerencias de interés, aun con ciertas limitaciones, en el campo sociopolítico, en particular su visión flexible y multidimensional de la clase trabajadora y la necesidad de la articulación unitaria de los movimientos sociales dentro de una perspectiva transformadora anticapitalista o de socialismo democrático, con una fase transitoria de populismo progresista.

En tercer lugar, es más discutible alguna de sus conclusiones estratégicas y de alianzas y, especialmente, la problemática que interactúa entre los dos campos anteriores: conformación de un sujeto transformador o, en forma más convencional, la acumulación de fuerzas sociales alternativas para un cambio democrático-igualitario-emancipador. Es lo más débil y menos elaborado y lo que se debería complementar para desarrollar una teoría crítica. En todo caso, en este contexto de débil reflexión teórica y estratégica es saludable esta aportación a la teoría crítica y su debate.

### III. RESILIENCIA Y MAL MENOR

En la actual etapa del neoliberalismo, con fuerte carácter regresivo y prepotente de los grupos dominantes de poder europeos y, a pesar, de su amplia deslegitimación social, las fuerzas de progreso o críticas tienen grandes dificultades para conseguir sus objetivos de justicia social y democratización política.

También doy por supuesto la relativa debilidad de esas fuerzas alternativas y de izquierda para modificar las estructuras de poder hegemónico en la Unión Europea, en particular en los países mediterráneos, así como su relativo retroceso representativo en las recientes elecciones, junto con el reforzamiento de tendencias ultraderechistas y autoritarias. Estas dificultades, bloqueos y retrocesos están acompañados de una subjetividad de cierto desconcierto, impotencia, desánimo y sectarismo que contrasta con la ilusión y el optimismo anteriores.

Todo ello impide una claridad analítica y una renovación política que impulse un cambio transformador de progreso. Se necesita una reflexión estratégica. Por mi parte, aquí la abordo con esta aportación teórica en torno a un concepto nuevo, **resiliencia, como actitud resistente y adaptativa ante importantes dificultades**, y su conexión con otra idea antigua, proveniente de la conciencia trágica griega, la cultura del mal menor como elección obligada entre dos males. Se trata de profundizar en un enfoque realista y crítico que tiene grandes implicaciones políticas y que atraviesa el debate público.

**La opción del mal menor aparece cuando hay solo dos alternativas prácticas: una mala y otra peor.** La salida buena o mejor (avanzar, ganar) no existe o es parcial y relativa. La polarización no es entre el mal y el bien, elección que una vez dilucidado su contenido, no es complicada. En ese caso, sin grises ni efectos ambivalentes, se elige lo bueno por interés propio o colectivo o por criterios éticos y políticos, salvo los entes malignos con la posición destructiva de cuanto peor (de los demás) mejor (para nosotros).

**La situación trágica se produce ante la inevitabilidad de elección entre dos males**, dando por supuesto que ambos generan daños o perjuicios para el campo propio. La conciencia trágica consiste en ser realista, admitir ese

daño parcial o inmediato y evitar una derrota más completa, un perjuicio irreparable. Pero no es resignación o pasividad; al mismo tiempo hay que tener la voluntad de modificar el campo de fuerzas y construir una alternativa práctica transformadora, a veces desde la heroicidad y la épica y cambiando el marco discursivo y de fuerzas presentes. Ése es el sentido trágico y ambivalente (positivo y negativo) de elegir una respuesta menos mala respecto de la peor, cuando no hay una tercera posibilidad real mejor. No elegirla evita ese daño relativo, pero a costa de un daño superior, ya que es irreal salir indemne.

La elección del mal mayor conlleva una mayor destrucción propia, no es coherente o racional para un proyecto transformador, por mucho que se confíe en una ilusión de una relación de fuerzas deseable pero lejana y no operativa. La tragedia épica conlleva realismo, capacidad de sufrimiento, sabiduría, fortaleza y voluntad de cambio, no es posibilismo adaptativo ni resignación, pero tampoco suicidio político, temeridad o abandono.

No obstante, **hay dos interpretaciones de esa lógica del mal menor: una adaptativa y otra transformadora.** La primera, moderada o inmediatista: al no vislumbrar ninguna salida positiva se resigna a asumir lo menos malo como lo bueno y frente al riesgo o amenaza de un retroceso mayor. No contempla las capacidades transformadoras de fondo ante la imposición de ese mal, con sus desventajas, y sin descartar su reversión. Lo delicado es cuando lo peor, el destrozo, conlleva impactos distintos para la gente y su representación política, se resquebraja la solidaridad y la identidad común y se renuncia o se debilitan las capacidades transformadoras a corto y medio plazo. Es la política adaptativa que criticaba Gramsci.

La segunda, transformadora, valora la potencialidad de cambio de ese marco, en cuanto hay capacidades sustanciales más o menos inmediatas para crear una tercera alternativa real que desbloquee ese fatalismo. La elección del mal menor es transitoria, es una tregua para persistir en la conquista de un objetivo positivo sin males colaterales.

Así, aparece una tercera posición, izquierdista o vanguardista, de rechazar ese marco real de respuesta ambivalente y confiar en una salida ideal. Su problema es que no es suficiente tener esa opción solo en el plano discursivo o programático de una élite en la confianza de su traslación

mecánica a la construcción de un sujeto liberador o una dinámica efectiva de cambio. La consecuencia también es la impotencia transformadora.

Por tanto, **se trata de evaluar la capacidad de resistencia flexible (o resiliencia) para oponerse a lo malo y a lo peor porque permite construir una dinámica alternativa inmediata o la certeza y las condiciones para que, aun pasando coyunturalmente una travesía en el desierto de lo menos malo, permita avanzar en una solución transformadora con el cambio de marco sociopolítico.**

Son una situación y elección complejas en la que se forjan los buenos liderazgos y las grandes decisiones estratégicas. Dos ejemplos históricos pueden ilustrar la trascendencia de este debate. El primero la actitud del Gobierno británico (y del mundo occidental) ante el ascenso del nazi-fascismo en los años treinta con una política inicial de 'apaciguamiento' adaptativo a su expansionismo militarista y totalitario, seguido de la firmeza antifascista y la alianza popular del pueblo británico, con su primer ministro Churchill a la cabeza (conservador e imperialista pero resistente anti-nazi) y la colaboración soviética y la resistencia europea, de confrontar abiertamente con Hitler, con grandes riesgos y sufrimientos, aunque finalmente con la victoria aliada.

El segundo ejemplo, también clásico en la teoría política, es el de la paz de Brest-Litov que dio término a la Iª Guerra mundial en el frente oriental. La opción menos mala que defendía Lenin era la concesión soviética al ejército alemán de una parte de su territorio invadido a cambio de la paz y la concentración de las fuerzas revolucionarias en construir el Estado soviético y garantizar el pan y la libertad a su pueblo; la opción de continuar la guerra, que defendía Trotsky para evitar ese mal menor, era irreal y voluntarista, basado en las hipotéticas tendencias revolucionarias europeas y hubiera llevado a un mayor fracaso del país socialista ante la superioridad alemana, la desarticulación popular y el aislamiento internacional.

La cultura política de las izquierdas todavía está influida por ambas experiencias, como demuestra otro ejemplo más cercano: el debate sobre la actual experiencia griega y la discrepancia interna en Syriza. Por un lado, están los resultados de su estrategia (trágica) de aceptar el mal menor del tercer rescate, suavizándolo y gestionándolo, en un contexto de fuerte desequilibrio respecto del poder establecido europeo y a pesar de su amplia legitimidad,

manteniendo el 30% del electorado, el mayor porcentaje en toda la UE de la izquierda transformadora. Por otro lado, está la izquierda rupturista con la UE que, finalmente, ha quedado en una posición social muy minoritaria, tanto el izquierdista Varoufakis como el *Partido Comunista* (en conjunto, proporción de uno a tres en apoyo electoral). Así, la derrota política de Tsipras a manos de las derechas supone deficiencias estratégicas pero, sobre todo, debilidades de poder, aunque, a efectos comparativos con sus críticos izquierdistas y también respecto de la socialdemocracia (neoliberal), conserva una superior legitimidad social y capacidad de influencia para defender los derechos de las capas populares griegas que lo mantienen como su referencia principal.

Por tanto, ante este tipo de relaciones de fuerza desventajosas y a la defensiva inmediata, **las fuerzas alternativas y de cambio de progreso**, más allá de los discursos gramscianos de la guerra de posiciones y la guerra de movimientos, inspirados en la lejana experiencia de la Iª Guerra mundial, **deben combinar esta conciencia trágica junto con la capacidad de resiliencia: resistencia, flexibilidad y adaptación ante dificultades extremas para conformar una salida recuperadora del bienestar público y el equilibrio anterior de fuerzas sociales.**

Así, frente a un análisis realista y una estrategia transformadora **caben dos tipos de desorientación basados en una percepción irreal de la situación: Uno, derivado de la simple adaptación o resignación (salvando algunos muebles), de carácter moderado; otro, voluntarista o subjetivista, de carácter izquierdista, de intentar superar unas relaciones de poder vía discurso o programa, sobrevalorando su potencial articulador**, lo que depende, sobre todo, de la disponibilidad y refuerzo de fuerzas sociopolíticas sustanciales para pugnar por el cambio.

En este caso, el error voluntarista consiste en la sobrevaloración de una acción discursiva-programática, sin suficientes apoyos sociales y consistencia que son la base para una acción política transformadora, sea en el campo de las condiciones y derechos para la gente, sea para el fortalecimiento de una fuerza social y una modificación en la relación de fuerzas que favorezcan ese cambio a medio plazo. Como en otras corrientes de pensamiento esta falta de clarificación de las opciones estratégicas tiende al idealismo o al voluntarismo

político, es decir, al aislamiento social y el debilitamiento de las capacidades transformadoras.

Por otro lado, en estos momentos de presentismo político, inmediatismo sin horizontes estratégicos y de pugna por el relato, es decir, por la propaganda legitimadora de la posición de poder de cada parte, **las situaciones y respuestas defensivas u ofensivas se intercambian permanentemente, sobre todo, en el ámbito mediático, sin discernir las tendencias de fondo ni ser coherente con una estrategia a medio y largo plazo.** Queda huérfano el debate y la orientación estratégica y la propia cohesión de las fuerzas del cambio, imprescindibles para compartir un proyecto común y generar un reequilibrio de fuerzas en el campo social e institucional.

La experiencia de la construcción reciente de las fuerzas del cambio en España en sus dos fases, la cívica y sociopolítica (entre los años 2010/2014), con fuerte desafección al bipartidismo, y la político-electoral e institucional (2014/2019), con la conformación de las fuerzas del cambio, está inserta en estas tres variantes interpretativas (más o menos realistas) y estratégicas (adaptativas, transformadoras y radicales) frente a los poderes establecidos.

Así, en el caso de *Podemos*, *Izquierda Unida* y las convergencias en distintos ámbitos, están fracturadas en esas tres tendencias básicas que compiten en su interior y pugnan por su hegemonía y liderazgo respectivos. El problema son las dificultades para su debate y elaborar consensos mínimos que permitan una acción común democrático-igualitaria respetando una convivencia plural y un talante democrático. **Es el otro reto, el de la articulación democrática interna, para conformar una alianza más unitaria, abierta y sólida que fortalezca todo el conglomerado de las fuerzas del cambio.**

La actitud del *Partido Socialista*, reticente a un cambio de progreso y una alianza plural con *Unidas Podemos*, la posibilidad (o no) de un acuerdo gubernamental para imprimir un giro social y democrático en España y la pugna por la legitimidad de las distintas estrategias y liderazgos van a condicionar el balance de esta segunda etapa y todo el ciclo desde 2010.

**Se están definiendo las condiciones de mayor o menor 'normalización' política y los equilibrios sociopolíticos e institucionales de la tercera etapa que comienza con impacto para un lustro y, en**

**particular, la configuración interna y externa del espacio del cambio, en su diversidad y su capacidad unitaria y transformadora.** Habrá ocasión para volver analítica y teóricamente sobre ello e impulsar un camino compartido de cambio de progreso. Lo que parece claro es que se van a necesitar grandes dosis de *resiliencia*.



## 1IV. ANEXO: Citas textuales del libro de Nancy Fraser (La **negrita** es mía)

Y continúa: “Hemos de tratar la relación entre estos dos polos (objetivo y subjetivo) como una cuestión abierta y un problema que hay que teorizar... ante la evidente crisis estructural en la que nos encontramos, pero (hasta hoy) sin que se haya manifestado un consiguiente conflicto político que exprese adecuadamente la crisis de forma que pueda llevar a una resolución emancipadora. Así pues, la relación entre la crisis del sistema y la lucha social deber ser objeto importante de nuestra conversación” (p. 13).

2 **“Creo que es precisamente con la mezcla o articulación de las perspectivas sistémica-estructural y acción-social como una teoría de la sociedad capitalista se puede convertir en crítica.** En otras palabras, sigo manteniendo la idea que en cierta ocasión llamé *dualismo de perspectiva*” (p. 65).

3 **“Estas corrientes tratan con excesiva frecuencia la ‘asistencia’, la ‘naturaleza’, la ‘acción directa’ o los ‘comunes’ como algo intrínsecamente anticapitalista.** En consecuencia, subestiman el hecho de que sus prácticas favoritas no solo son fuente de críticas sino también parte integral del orden capitalista” (p. 65).

4 Y continúa: “En el mejor de los casos, el ideal de una esfera doméstica protegida era una afirmación de valores ajenos al mercado, un impedimento para la exigencia de máximos beneficios del capital. Pero también se definía por aquello a lo que se oponía, como la otra cara de la coherencia del mercado ‘libre’ y como la lógica de la dependencia de las mujeres. Al final, su fuerza crítica solía ser más conformadora que transformadora del sistema... También es posible que las fuertes presiones sobre la reproducción saquen lo peor de las personas” (p. 100).

5 “Aunque identifica las líneas de fractura (entre los que tienen y los que no tienen, por decirlo así), no consigue cartografiar las líneas de fractura sociales y políticas. Lo que falta es una explicación de la distinta idea que los agentes situados tienen de sí mismos, cuál piensan que es su deber, qué esperan exactamente de sus jefes y gobernantes, y qué los espolea a actuar políticamente. **Es el tipo de explicación que necesita una teoría crítica para cumplir la tarea de esclarecer la gramática de la lucha social y las perspectivas de la transformación social...** Lo que está en juego en esta discusión es el significado de libertad” (p. 144).

6 “Me siento tan indignada como muchísima gente, y no quiero ‘corregir’ esta reacción diluyéndola en un análisis intelectual ‘objetivo’ y libre de sentimientos. Al contrario, la quiero canalizar hacia una mejor comprensión de por qué ocurre lo que ocurre y qué podemos hacer al respecto. Quiero conservar lo que la intuición me dice acerca de la injusticia, no negarla. Y creo que lo mismo ha de hacer la teoría crítica” (p. 138).

7 “Frente a la crítica ética, entendida de forma estricta, y frente a la crítica funcionalista y la moral, lo que aquí hay en juego es la perspectiva de la renovación de una crítica del capitalismo como orden social en cierto sentido irracional... La economía capitalista no es ni puede ser auto correctora. Estas correcciones y medidas adaptativas necesarias para asegurar sus ineludibles condiciones de fondo solo pueden proceder del exterior de la economía -lo cual no significa decir del exterior de la sociedad capitalista-. **Históricamente, este ‘exterior’ extraeconómico, pero intra-capitalista ha sido la política...** Cuando las tendencias de crisis aparecen en el horizonte, esos sujetos no solo viven la privación material o la completa inestabilidad, sino un *conflicto normativo*” (p. 161).

8 “Tampoco doy por supuesto que las normas no económicas sean siempre ‘buenas’. He dicho que un defecto muy importante de la ‘La gran transformación’ de POLANYI es que no cuenta con la posibilidad de que la ‘sociedad’ que él contrapone a la ‘economía’ pueda ser ella misma un pozo negro de dominación, exclusión y desigualdad... deja muy de lado la crítica moral, sobre todo en lo que se refiere a las cuestiones de dominación y justicia, que apenas aparecen en su análisis... Lo que he hecho al reconstruir su trabajo es, en primer lugar, reinterpretar su elemento ético en sentido estructural, no sustancial, y, en segundo lugar, introducir el polo moral que faltaba. De ahí que, primero, propusiera una interpretación ‘estructural’ de su idea de ‘mercantilización ficticia’, como alternativa a su interpretación ‘ontológica’, y, segundo, **sustituyera su idea de doble movimiento por la de un movimiento triple.**”

9 **“El de la ‘emancipación’, el ideal de la libertad como no dominación en un sentido que va mucho más allá de las normas liberales de libertad negativa e igualdad de oportunidades.** Por tanto, hay un ‘movimiento triple’, aunque los tres valores principales podrían colisionar y hay que mediar en ellos: la mercantilización, la protección social, la emancipación. Pero ninguno de los tres, de forma aislada, es totalmente bueno ni malo por sí mismo, ni siquiera la emancipación” (p. 163).

10 **“Rechazo la tesis, de profundas raíces foucaultianas, de que el fondo no es más que una criatura de primer plano** -por ejemplo, cuando Foucault dice que el ‘yo profundo’ es totalmente ilusorio, sin que nada de ningún tipo se oculte tras él, aunque tenga verdaderos efectos performativos-... **Rechazo la idea, muy en boga en la actualidad, de que es posible retirarse de la sociedad capitalista y construir una contra-sociedad** ‘en el fondo (no económico)’, por así decirlo, sin afrontar el completamente real aparato de poder del primer plano y sin transformar las normas básicas y las instituciones institucionalizadas fundamentales del capitalismo. **Esta estrategia ‘desvinculante’ es ilusoria porque el fondo no es independiente, ni es un contrapoder per se...** No estoy de acuerdo con el diagnóstico de una colonización completa o casi completa. Actualmente hay una nueva versión de esta tesis que utiliza la teoría de la gubernamentalidad de Foucault para decir que hoy se nos subjetiviza prácticamente de forma exclusiva como gestores autorresponsables de nuestro propio ‘capital humano’. **Esta visión confunde un proyecto neoliberal con una realidad social**” (p. 165).

11 **“Las tensiones propias del orden social capitalista tienen su raíz en tres características distintivas, unas características que yo llamo las tres ‘D’: la división, la dependencia, la denegación...** Este es el quid de la contradicción: las economías capitalistas extraen constantemente valor de esos ámbitos a la vez que niegan que esos ámbitos tengan algún valor. El resultado es que el capitalista da por supuesto la disponibilidad infinita de la reproducción social, el poder público y las aportaciones de la naturaleza. El tratamiento de estas cosas como regalos gratuitos significa que el capitalista se despreocupa de reponerlas. Socava las propias aportaciones de las que depende. Estas son mis tres ‘D’: división, dependencia, denegación. Juntas forman la tormenta perfecta de la posible inestabilidad, firmemente asentada en la estructura del capitalismo. Podríamos resumirlas en una cuarta ‘D’: **la sociedad capitalista lleva en su núcleo una tendencia a la (auto)desestabilización de sus tres divisiones constitutivas: producción/reproducción, política/economía, sociedad humana/naturaleza no humana. Todo lo cual, repito, representa tendencias a la crisis específicas e inherentes del capitalismo.** El resultado es una imagen de la sociedad capitalista que nos permite interpretar sus tendencias a la crisis de forma que no sea la ‘ética’ en el sentido problemático” (p. 169).

12 “Estoy de acuerdo con MACINTYRE en que solo podemos hallar respuesta retrospectivamente, con nuestra capacidad de relatar la transformación histórica como ejemplo

positivo de resolución de problemas. Se trata de hacer inteligibles los cambios sociales... No nos interesa como 'fue realmente' el pasado. Al contrario, lo que queremos es un relato histórico más amplio que nos oriente en el presente: **un relato que nos explique cómo hemos llegado hasta aquí, a qué nos enfrentamos, adónde queremos ir y cómo podemos llegar ahí**" (p. 177).

13 **"La distinción entre luchas de clase y luchas de frontera es analítica. En la realidad, muchos conflictos sociales contienen elementos de ambas...** Desde un punto de vista práctico, la cuestión de la injusticia de clase no se puede separar definitivamente de las cuestiones de la crisis y la libertad. Hay que abordarlo todo a la vez, igual que otros importantes ejes de la injusticia del capitalismo, entre ellos, el género, la raza/etnicidad y el imperialismo" (p. 184).

14 **"En este nuevo escenario, la mercantilización se ha unido a la emancipación a expensas de la protección social.** Suena perverso, es evidente, pero refleja con claridad una situación en que las corrientes liberales al uso de los movimientos sociales emancipadores interpretan la igualdad y la libertad de forma limitada, meritocrática y amable con el mercado, unas ideas que encajan perfectamente con los proyectos y las exigencias de legitimidad que los sectores dirigentes del *capitalismo cognitivo*" (p. 209).

15 **"La socialdemocracia se basaba en la alianza de dos contra uno, una mercantilización y la protección social contra la emancipación,** mientras que el capitalismo financiarizado ha generado una alianza de la mercantilización y la emancipación contra la protección. Y esta segunda alianza ha dividido las fuerzas sociales que una izquierda sería debería unir. Ha alejado a los defensores de la emancipación de los trabajadores del sector manufacturero y de las comunidades rurales que giran en torno a la financiarización y gravitan hacia el populismo de derechas. Y aun peor: más que desgajarlos, **la nueva alianza ha puesto en marcha corrientes dominantes de movimientos emancipadores directamente en contra de las personas que podrían (y deberían) estar entre los aliados más importantes en el diseño de una respuesta de izquierdas a la crisis actual**" (p. 217).

16 **"Para que el proyecto neoliberal triunfara, había que envolverlo de otro modo, dotarle de nuevos atractivos, vincularlo a otras aspiraciones emancipatorias ajenas de la economía. Una política profundamente regresiva solo podía convertirse en el centro dinámico de un nuevo bloque hegemónico si pasaba como progresista"** (p. 220).

17 **"La estrategia preferida es vincular su política plutocrática y expropiativa de la distribución a una política de reconocimiento que pueda conseguir un amplio apoyo.** En consecuencia, y este es el segundo punto, **el neoliberalismo no es monolítico: al contrario, hay en su interior corrientes progresistas y regresivas. La diferencia está en el reconocimiento.** Ambas variantes fomentan una política distributiva que beneficia principalmente al 1%, pero una de ellas articula ese programa con una política de reconocimiento aparentemente inclusiva, mientras que la otra, por el contrario, la une a una alternativa explícitamente exclusiva. Por último, fue en especial la vertiente progresista del neoliberalismo la que consiguió hacerse hegemónica, derrotando no solo a las fuerzas antineoliberales, sino también a las neoliberales reaccionarias. La estrategia vencedora unió una política profundamente desigualitaria y contraria al trabajo a una política de reconocimiento moderna, con 'visión de futuro' y aparentemente emancipadora" (p. 220).

18 **"La mezcla de reconocimiento progresista y la distribución regresiva tuvo fuerza suficiente para derrotar, aunque fuera momentáneamente, a la derecha (a los republicanos en**

Estados Unidos, y a los conservadores en el Reino Unido), cuyo contraproyecto mezclaba la distribución regresiva con un reconocimiento reaccionario (etno-nacionalista, antinmigrantes y procristiano). Pero la victoria neoliberal progresista tuvo su precio: quienes pagaron los platos rotos fueron los centros industriales en declive, en especial el llamado Cinturón de Acero, en su día plaza fuerte de la socialdemocracia del New Deal, y ahora, en cambio, la región que entregó el Colegio Electoral a Donald Trump en 2016... **Pese a la devastación de estas comunidades, el bloque progresista-neoliberal difundía un ethos del reconocimiento superficialmente igualitario y emancipador: centrado en los ideales de la 'diversidad', el 'empoderamiento' de las mujeres, los derechos LGTBI, el posracismo, el multiculturalismo y el ecologismo. Sin embargo, eran unos ideales que en Estados Unidos se interpretaban de una forma determinada y limitada completamente compatible con la economía al estilo Golman Sachs**" (p. 221).

19 **"El reconocimiento no es pura ideología, sino la propia autoafirmación de un estrato social**, cuyo ascenso se basa a la vez en el paso al capitalismo postindustrial, cognitivo y globalizador, y en su propia auto consideración como cultural y moralmente superior a las comunidades provincianas de clase trabajadora que esos cambios han dejado atrás. De modo que sí, es una cuestión tanto de reconocimiento como de distribución- o mejor aún, una forma específica de entrelazamiento de estos dos aspectos de la justicia en la era del capitalismo financiarizado-. Los movimientos populistas de derechas lo rechazan todo en conjunto... **No hay vuelta atrás, a la política de clase al viejo estilo...** no me centraría en ampliar lo que entendemos por la 'cuestión social' de modo que haga visibles nuestras capas ocultas: **la crisis del capitalismo financiarizado tiene que ver tanto con el medioambiente, la democracia y la reproducción social como con la organización del trabajo remunerado**. Son cuestiones que deberían estar en la base de cualquier política de izquierdas que quiera desafiar al régimen actual. **También me propondría ampliar lo que entendemos por 'clase trabajadora'**" (p. 223).

20 "Su confianza en que representan la punta de lanza del avance de la humanidad hacia el cosmopolitismo moral y la ilustración' cognitiva. **Ese sentimiento de superioridad cultural han sido un elemento básico de esta identidad y posición de estrato**. Pero también funciona como estrategia bourdeusiana de 'distinción', una estrategia que da al neoliberalismo progresista un 'tono' superior, que con excesiva frecuencia ha pasado a ser moralizante, señalador y condescendiente con las personas del campo y de clase trabajadoras, insinuando que eran culturalmente atrasada o de pocas luces. No es difícil entender que **esto generara resentimiento. A la ofensa de la hegemonía de estatus se sumaba la injuria de la dominación de clase**. Los populistas de derechas como Trump han explotado este sentimiento" (p. 226).

21 **"Las bases estructurales del racismo [y del sexismo] tienen que ver tanto con la economía política como con el estatus y el (falso) reconocimiento**. Y la misma importancia tiene que las fuerzas que están destruyendo las oportunidades vitales de las personas de color pertenecen al mismo complejo dinámico que las que destruyen las oportunidades vitales de los blancos, aunque difieran de algunos detalles... Al enfocar el problema desde la perspectiva del capitalismo, entendido como orden social institucionalizado, **la izquierda debería insistir en que el racismo (por ejemplo) tiene unas bases estructurales en la sociedad capitalista, que hay que combatirlo no solo desde la cultura sino también desde las instituciones**, transformando las divisiones constitutivas de las que hemos estado hablando en este libro" (p. 228).

22 "Están profundamente arraigados en la dominación de clase (y género), y en que es imposible entenderlos y superarlos al margen de lo último. Es una ventaja más de nuestra visión expandida del capitalismo como orden social institucionalizado. Demuestra que en realidad no es

necesario que distingamos entre dominación de clase y la jerarquía de estatus. Las dos son parte integral de la sociedad capitalista, producto conjunto de sus divisiones estructurales. Podemos y debemos oponernos a las dos" (p. 228).

23 "Lo que se ofrecía, en otras palabras, era optar claramente entre dos políticas de reconocimiento diferentes, pero solo una política (neoliberal) de distribución: se podía escoger entre multiculturalismo y etnonacionalismo, pero, fuera lo uno o lo otro, la financiarización y la desindustrialización eran inevitables... **El resultado inmediato fue poner sobre la mesa dos nuevas opciones políticas: el populismo reaccionario y el populismo progresista. Pero ninguna de esas opciones se materializó...** Lo que hemos conseguido es un neoliberalismo hiper-reaccionario. Sin embargo, el neoliberalismo hiper-reaccionario no es un nuevo bloque hegemónico... El resultado es un interregno inestable, sin ninguna hegemonía segura. Esta es la situación a la que hoy se enfrenta la izquierda. No sé si con ella se abre la puerta a la construcción de un bloque contrahegemónico. De ser así, creo que **el candidato con más posibilidades es alguna variante de populismo progresista, que combine un programa distributivo igualitario y a favor de la clase trabajadora con una visión inclusiva y no jerárquica de un orden justo del reconocimiento – o como decía antes, de la emancipación con la protección social**" (p. 232).

24 "**Podría haber hoy un resquicio para la construcción de un bloque contrahegemónico en torno al proyecto del populismo progresista.** Uniendo en un solo proyecto una orientación económica igualitaria y favorables a toda la clase trabajadora, y una orientación inclusiva y no jerárquica del reconocimiento, esta formación tendría al menos la oportunidad combativa de unir a toda la clase trabajadora. Con la atención a estos dos segmentos, a los explotados y los expropiados, un proyecto populista progresista podría convertir a la clase trabajadora, entendida en sentido amplio, en fuerza dirigente de una alianza que también incluya segmentos importantes de la juventud, la clase media, las profesiones liberales y el ámbito directivo" (p. 235).

25 "Lo que realmente puede atraer para acabar con el fascismo es un (proto-cuasi- o auténtico) proyecto de izquierdas que redirija la ira y el dolor de los desposeídos hacia una profunda reestructuración societal y una 'revolución' política democrática... no soy partidaria de cerrar filas. De hecho, el escenario que más me gusta es exactamente el contrario: la separación al servicio del reajuste... Frente a tu objetivo de unirse a los liberales, yo quisiera que la izquierda se propusiese efectuar dos cambios importantes. **En primer lugar, alejar a la masa de las mujeres, los inmigrantes y las personas de color menos favorecidos de las feministas del lean-in, los antirracistas y anti homófobos meritocráticos, y de los señuelos de la diversidad corporativa y el capitalismo verde que se apropiaron de sus intereses para ajustarlos a los principios del neoliberalismo. Este es el objetivo de la reciente iniciativa feminista, que pretende reemplazar el lean-in, la presión, por un 'feminismo para el 99%'. Una estrategia que otros movimientos emancipadores deberían copiar**" (p. 239).

26 "El neoliberalismo persiste como política, también con Trump. Lo que se ha desmoronado es la hegemonía neoliberal progresista... Lo que hoy tenemos es la crisis a nivel de hegemonía: el lado de la acción social o partícipe de la crisis... Nunca he visto tantas posibilidades de que surja una nueva izquierda como las que hoy veo... Las contradicciones se agudizan queramos o no... Si no conseguimos elaborar una política transformadora ahora mismo, prolongaremos el interregno actual. Y esto significa condenar a los trabajadores a de cualquier género, convicción y color a la segregación de clase y la inseguridad social... Para evitar este destino, debemos acabar definitivamente con la economía neoliberal y con el individualismo

meritocrático liberal. **Solo con la conjunción de una política de distribución igualitaria robusta y una política de reconocimiento sustancialmente inclusiva y sensible a la clase, podemos construir un bloque contrahegemónico que nos saque de la crisis y nos lleve a un mundo mejor**" (p. 242).